

RESEÑAS

Sandra Lorenzano, ed. *Aproximaciones a Sor Juana*. México: Universidad del Claustro de Sor Juana/Fondo de Cultura Económica, 2005.

Quien se aventure a recorrer las páginas del libro terminará la lectura agradecido y abrumado al tiempo: símil hiperbólico del dogma de la santísima trinidad, Sor Juana es una sola pluma en innumerables lecturas. Cada nueva interpretación reproduce la paradoja del trabajo crítico: la profundidad de cada estudio, lejos de agotar al escritor, lo enriquece y con ello posibilita la constante interpretación. Así sucede con los 36 estudios que componen el libro, cuyos variados enfoques dibujan, como en vitral, a la monja desde aproximaciones literarias, históricas, sociológicas, musicales, plásticas, feministas.

El lector familiarizado con la crítica sorjuanista sabrá de la casi inevitable polémica que nubla los círculos académicos y que tiene que ver, casi siempre, con los últimos años de vida de la monja. En esta ocasión las divergencias, al menos las explícitas, se refieren al poco esclarecido tema de la loa en náhuatl que, según Salvador Díaz Cántora y Augusto Vallejo, Juana Inés compuso a sus tiernos y avezados ocho años. Acerca de este tema tratan los trabajos de Díaz Cántora (“*Yoqui in tlahuépoch Medea*, o el náhuatl en la obra de sor Juana”), quien toma como pretexto unos versitos de aquella loa para analizar el uso del náhuatl en algunos villancicos; y de Sara Poot Herrera (“Sobre una loa atribuida a la niña Juana”), para quien la tajante filiación necesita urgentemente de algunos

Signos Literarios

matices. Augusto Vallejo (“El acta de bautizo de Inés...”), en otra pelea, trata el hallazgo de un acta con fecha del 2 de diciembre de 1648 y que está incluida en ese su virtual *Corpus documental* tan largamente anunciado, tan ansiosamente esperado y que, por desgracia, pareciera sólo conocer él. Ya en el colmo de la polémica está Tarsicio Herrera Zapién (“De Abreu Gómez a Méndez Plancarte...”), quien pelea de manera inocua la justa decisión del Fondo de Cultura Económica de otorgar (en 1951) al padre Méndez Plancarte la edición de las obras de la monja. Artículo avejentado que recurre al ya risible recurso de calificar de “jacobina” un ala crítica que a pesar de sus especulaciones ha hecho tanto bien al conocimiento que hoy tenemos de la jerónima.

Con perspectiva de género menciono algunos trabajos. Electa Arenal (“Del emblema al poema...”) propone una muy apretada lectura de la imagen de la mujer en el *Neptuno Alegórico* y su relación con la emblemática. Josefina Muriel (“La obra de las mujeres en la educación...”) habla acerca de la educación y la cultura conventual femenina en la Nueva España. Jennifer Cooley (“La sombra fugitiva...”) analiza la creación de un espacio subjetivo femenino dentro del *Primero Sueño* y cómo ese nuevo espacio se inserta en el discurso dominante de la época. Dos trabajos que representan los dos extremos en esta tendencia son el de Graciela Hierro (“Sor Juana y la filosofía en la Universidad”) y el de Marie-Cécile Bénassy-Berling (“Sor Juana Inés de la Cruz y la feminista Gabrielle Suchon...”). La primera toma como pretexto versos del *Primero Sueño* para hablar sobre la fundación del Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) y de lo contenta que estaría su sor Juana (ésta a quien califica como “filósofa-poeta-metáffsica-feminista”) de que “ahora, en la Universidad, existen más alumnas que alumnos, sobre todo en nuestra carrera, la filosofía” (163). Por el contrario, cuando el feminismo no es un fin publicitario surgen estudios tan eruditos como el de Bénassy-Berling, quien analiza el paralelismo entre sor Juana y su contemporánea francesa Gabrielle Suchon, en un claro ejemplo de que la crítica debe abrir límites y no circunscribirse a las grandes figuras sino también a lo que sucedía a su alrededor.

Me aventuro a afirmar que con esta misma intención nacieron los trabajos de María Águeda Méndez (“Las mujeres en la vida de Antonio Núñez de Miranda...”) y de Jean-Michel Wissmer (“El amigo español de

sor Juana...”). La primera estudia la figura del célebre confesor de sor Juana y su relación con las mujeres mediante la lectura de la *Cartilla de la doctrina religiosa*, el *Comulgador penitente de la Purísima*, y la *Familiar Prosopopeia*. El segundo abunda sobre la vida y obra de Diego Calleja, conocido por su Aprobación a la *Fama y Obras Póstumas* de la fénix americana. En ambos casos, el lector agradece la útil e interesante aproximación a personajes que, por su carácter satelital, parecieran un poco olvidados y que, sin embargo, son magníficos ejemplos para ampliar nuestro conocimiento del siglo XVII novohispano. En este mismo tenor está el trabajo de Ileana Rodríguez Zuleta (“Sor María de la Antigua en la Nueva España...”), quien retrata a la monja cuyo nombre inmortalizó la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*.

El libro incluye varios trabajos que enriquecen la panorámica hasta ahora descrita al analizar desde distintas disciplinas la vida, obra y contextos sorjuanianos. Desde la perspectiva histórica está el trabajo de Antonio Rubial (“La patria criolla de sor Juana...”), quien recrea lúcida y entretenidamente el ambiente y el pensamiento criollo del que sor Juana participó activamente y que, un siglo y unos años después, sería uno de los principales ejes de la independencia mexicana. Mario Ortiz (“Euterpe en los conventos femeninos novohispanos”) estudia la situación de la educación y la ejecución musical dentro de los conventos. Alina Mendoza (“*Primero Sueño* y dos pinturas...”) relaciona y analiza los retratos de sor Juana y el *Autorretrato guarnecido en piel* de Durero. Alejandro González Acosta, mediante un tono cronístico no carente de humor, relata los acontecimientos cotidianos y notables a la muerte de la monja (¿por qué se llamará su trabajo “Sor Juana hoy?”); su deceso queda así enmarcado dentro de un conjunto de sucesos que nos permiten imaginar el pulso de aquella sociedad barroca americana.

Especial atención merecen dos trabajos. María de Lourdes Aguilar (“La naturaleza en sor Juana...”) inicia el libro con un muy sugerente trabajo sobre la relación poesía–naturaleza. Su análisis se centra en la polisémica aparición del beleño o de la belesa, plantas narcóticas cuya relación con la lírica (no sólo novohispana, sino también española) cobra sentido al fijar la atención en los motivos del embeleso (arrobos, suspensión y cautivación de los sentidos) y del embeleco (engaño artificioso). La ensoñación y el engaño, entonces, como dos líneas posibles para

Signos Literarios

comprender algunos versos de Lope, Quevedo, sor Juana y muchos otros. José Pascual Buxó (“La imitación de Góngora en el *Sueño* de sor Juana”) analiza y reformula la tan repetida (y por eso, ahora nos damos cuenta, tan poco comprendida) idea del *Primero Sueño* como imitación de las *Soledades*; para ello, echa mano de dos recursos clásicos de la poética áurea, la alusión y la aplicación de la erudición noticiosa, y que Gracián explicara en su tratado más famoso. Al tiempo explicación y práctica de la “belleza erudita” (para decirlo en palabras del autor) que tanto desveló a los poetas barrocos, el estudio igual da cabida a Alciato que a Lausberg y a Genette e ilumina las relaciones literarias entre dos grandes soles del Barroco.

Por supuesto que en toda breve noticia faltarán apuntes. Quede para el lector curioso la placentera lectura y la aguda crítica de estos y otros artículos que no he mencionado como los de las reconocidas sorjuanistas Dolores Bravo, Margarita Peña o Margo Glantz. El libro, como toda reunión de trabajos, se debate entre la erudición y el pretexto, entre el análisis y el uso de los textos. En este caso la balanza tiende más hacia la inteligente reflexión que, como he dicho en un principio, abruma y endeuda al lector, quién notará que a pesar de tan profundas aproximaciones, falta todavía mucho por hacer.

Jorge Téllez Vargas

El Colegio de México

D. R. © Jorge Téllez, D. F., enero–junio, 2006.